



CONCURSOS DE LETRAS Y PROYECTOS EDITORIALES 2017



PRESIDENCIA DE LA NACIÓN

Mauricio Macri

Presidente de la Nación

Gabriela Michetti

Vicepresidente de la Nación

Marcos Peña

Jefe de Gabinete de Ministros

MINISTERIO DE CULTURA DE LA NACIÓN

Pablo Avelluto

Ministro de Cultura

FONDO NACIONAL DE LAS ARTES

Carolina Biquard

Presidente

Facundo Gómez Minujín

Vicepresidente

Iván Petrella

Representante del Ministerio de Cultura

Directores

Rosa Aiello

Teresa Anchorena

Sebastián Blutrach

Juan Collado

Enrique García Espil

Alberto Manguel

Marcelo Moguilevsky

Juan Javier Negri

Inés Sanguinetti

Eduardo Stupía

Sergio Wolf

CONCURSOS DE LETRAS Y PROYECTOS EDITORIALES 2017



Nadie entendió mejor –o, mejor dicho, nadie entendió más rápido– que Victoria Ocampo la importancia de dar visibilidad a las obras de nuestros artistas y de generar las condiciones económicas necesarias para su fomento y expansión.

Con este objetivo en mente, Victoria importó modernidad desde Europa y creó un centro en la periferia al que llamó SUR. Desde su base meridional, esta mecenas de la modernidad latinoamericana y miembro fundadora del Fondo Nacional de las Artes, promovió un circuito de circulación múltiple que permitió, entre otras cosas, la primera traducción al español de “La chambre”, de Jean Paul Sartre; la publicación en nuestro país de autores de la talla de Samuel Beckett, Jack Kerouac, Virginia Woolf, Aldous Huxley y D.H Lawrence; así como también, a la inversa, hizo posible la publicación de la obra de Eduardo Mallea en inglés y, en 1951, la primera traducción al francés de un libro de Jorge Luis Borges (*Fictions*) publicado por la Editorial Gallimard en la colección “La Croix du Sud”, creada por Roger Callois y dedicada, exclusivamente, a la publicación y traducción de autores latinoamericanos en Francia.

Desde su fundación, en 1958, el Fondo Nacional de las Artes ha otorgado especial atención al estímulo y al desarrollo de la literatura nacional. Hoy, sesenta años después, mientras que, por un lado, los nuevos soportes de comunicación democratizan la lectura y la escritura obligándonos a repensar, constantemente, los nuevos modos de acercarnos a ellas; por otro, alimentan la ilusión de que todos somos escritores. Sabemos que no es así. Sabemos que un cuarto propio y la posibilidad de comprar tiempo son condiciones necesarias para poder hacerse con la soledad vital capaz de poner a la escritura en acción.

Leer para escribir; escribir para no morir (o para asumir la muerte); escribir para reparar la herida fundamental, la desgarradura; escribir para escapar; escribir imaginando el paraíso como una especie de biblioteca; escribir para vivir; escribir como otra forma de fracasar; escribir como un trabajo sobre uno mismo y sobre la lengua; matar al autor para comenzar la escritura; tejer historias del mundo con la trama de la propia vida; escribir en yo mismo; temerle a una palabra: comenzar a escribir.

Más allá de la diversidad de causas que activan la escritura, el contexto para que ésta acontezca es siempre uno. A diferencia de otras disciplinas, el escribir carece de una materialidad susceptible de ser compartida con un otro durante su proceso. Es por ese motivo que, a través de nuestro Concurso de Letras, cada año alentamos a que los escritores imaginen nuevos personajes y futuros lectores capaces de escucharlos durante su solitaria tarea; y asumimos el compromiso de convertirnos en esos otros, invisibles y silenciosos, que generan las condiciones de libertad necesarias para que las palabras de los unos puedan ser leídas.

Carolina Biquard

Presidente del Fondo Nacional de las Artes

La literatura es asunto de pareja: autor y lector comparten la tarea de reconstruir el mundo con palabras. Ser lector significa asumir un poder extraordinario: el poder de definir el texto que estamos leyendo según las circunstancias de nuestra lectura y de nuestro pasado común, el poder de elegir cuáles serán los libros que perdurarán y cuáles merecen ser relegados al olvido, y por sobre todo, el poder mágico de encontrar en esa biblioteca universal palabras para nombrar nuestra propia experiencia. Pero para que estos actos de magia puedan realizarse, necesitamos la materia alquímica que elaboran los escritores en sus laboratorios y rincones secretos. En nuestro país son muchos, inspirados creadores que, no sabemos ni porqué ni cómo, elaboran con viejas palabras permutaciones nuevas para nombrar, aquí y ahora, nuestras comunes angustias, temores y esperanzas. Como sociedad, tenemos la obligación de apoyarlos, ayudarlos, hacerles saber que no están solos. Ésta es, fundamentalmente, la tarea del Fondo Nacional de las Artes.

Alberto Manguel

Director Fondo Nacional de las Artes



CATEGORÍA CUENTO

JURADOS

Liliana Bodoc es escritora y Doctora Honoris Causa por la Facultad de Filosofía y Letras U.N.C. Su colección de novelas "La Saga de Los Confines" fue traducida al alemán, italiano, francés, holandés, portugués, inglés, japonés y polaco. Entre otros reconocimientos, obtuvo el Premio Fundación El Libro (2000), la Distinción de IBBY (2001), la Distinción White Ravens internacional (2002) y el Premio Barco de Vapor (2008). Fue Candidata al Premio Andersen 2010 por la Argentina y recibió el Premio de platino de la Fundación Konex (2014).

Rosario Bléfari actuó en obras de teatro dirigidas por Guillermo Kuitca y Vivi Tellas y protagonizó la película *Silvia Prieto*, de Martín Rejtman. Formó la banda de rock Suárez durante la década del noventa y, en la siguiente, editó cinco discos como solista. En 2013, convocó a músicos de la escena del rock independiente para hacer una banda nueva: Sué Mon Mont. En 2016 comenzó "Paisaje escondido", un proyecto de canción experimental. Escribió y dirigió teatro en colaboración. En cine, su último trabajo actoral fue en la película *Idea de un lago*, de Milagros Mumenthaler (2017). Editó los libros de poemas: *Poemas en prosa*, (B y F, 2001), *La música equivocada* (2009) y *Antes del río* (2016), ambos publicados por Mansalva; y el libro de cuentos *Mis ejemplos* (Ed. Lecturas, Chile, 2016). Dirige el podcast "Los cartógrafos", en colaboración.

Martín Rejtman estudió cine en la New York University. Antes de hacer su ópera prima, *Rapado* (1992), hizo dos medimetrajes: *Doli vuelve a casa* (1984-2004) y *Sitting on a Suitcase* (1986). Más tarde dirigió *Silvia Prieto* (1999); *Los guantes mágicos* (2003); el documental *Copacabana* (2006); *Entrenamiento Elemental para Actores* (codirigida con Federico León) (2008); y *Dos disparos* (2014). Publicó *Rapado* (1992), "Treinta y cuatro historias" (incluido en *Un libro sobre Kuitca*, 1993), *Velcro y yo* (Planeta, 1996), el guión de *Silvia Prieto* (Norma, 1999), *Literatura y otros cuentos* (Interzona 2005), el texto de *Entrenamiento Elemental para Actores* (La Bestia Equilátera, 2012), y *Tres Cuentos* (Mondadori, 2012).



1° Premio
Damián Huergo
Biografía y ficción
Seudónimo: Nula Escalante

Damián Huergo (Longchamps, 1983). Es sociólogo y trabaja en formación docente. Publicó la novela *Un verano* (2015), con la que fue becado en la Escuela de Escritores del Centro Cultural Ricardo Rojas. Participó con textos de ficción y crítica cultural en distintas antologías y en medios nacionales y extranjeros. Desde el 2008 escribe sobre literatura en el suplemento *Radar Libros* del diario *Página/12*.

Dos hombres y un sillón

-¿Cómo que estás sin la camioneta? -dijo Danilo por el tubo celeste del portero eléctrico.

-La dejé en la agencia -dijo Félix, con una mano apoyada en el vidrio de la puerta del edificio y la otra en la chapa dorada del altavoz-. El lunes mi jefe miró el cuentakilómetros. Se avivó que el domingo le dimos ruta. Igual es temprano. ¿A qué hora vuelve tu abuela?

-A las cuatro llega la lancha a Tigre. La va a buscar mi vieja -dijo Danilo-. El sillón tiene que estar sí o sí cuando entre a la casa. Te avisé. Filmábamos y lo devolvíamos.

-Llamé a Gustavo -dijo Félix- que le pida la chata al viejo.

-No, ni loco. Ayer salí y lo crucé en Tío Bizarro. Estaba sacado. No debe haber pegado un ojo todavía.

-Un flete hasta Barracas nos va a arrancar la cabeza.

-Sí, encima es domingo. Olvidate.

-Vamos en tren -dijo Félix, acercando la boca a la chapa dorada-. De acá tenemos cinco cuadras hasta la estación, y desde Yrigoyen a lo de tu abuela son tres, creo.

-Te parece -preguntó Danilo-. Si se ensucia o se rompe me mata. Lo tiene desde que se casó.

-Hoy no viaja mucha gente. Lo cargamos en el furgón de las bicis. Otra no nos queda.

Danilo tocó el timbre del portero eléctrico. En la calle hacía más de treinta grados. Félix empujó la puerta pesada con el antebrazo derecho. El hombre de seguridad iba y venía por el pasillo en penumbras como un autómata. Félix lo saludó inclinando la cabeza. Y caminó hasta el ascensor, arrastrando las ojotas sobre las baldosas de mármol recién repasadas con limpiador de pino.

Metieron el sillón en el ascensor. Parado entró justo. En el suelo improvisaron una alfombra de cartón. Félix quedó aprisionado entre el espejo y el respaldo del sillón. Danilo, desde el lado de afuera, apretó planta baja. Luego llamó al otro ascensor. Cargó los seis almohadones de pana roja, y bajó mirándose en el espejo una lagaña amarilla pegada en la punta de las pestañas.

En planta baja rearmaron el sillón de tres plazas. El autómata les mantuvo la puerta abierta y lo sacaron a la calle. Félix iba adelante. Entre sus manos y la base de madera había puesto una remera vieja. Danilo, en cambio, en la parte de atrás sentía que se le estaban por cortar los dedos.

-Pará, pará -le dijo a Félix-, me está matando.

Estacionaron en un círculo de sombra que bajaba de un jacarandá. El resto de la vereda brillaba por los rayos de sol del mediodía. Habían avanzado una cuadra. Danilo aprovechó el parate y cruzó a comprar una botella de agua mineral. Por la calle no pasaban autos ni colectivos. Mientras esperaba, Félix se sacó la remera blanca. Durante el verano se le había caído la piel de la espalda y de los hombros. En el omoplato izquierdo apenas se distinguía la descolorida águila Azteca. Félix había sido el primero de los amigos del secundario en tatuarse. Estaban en tercer año. Una tarde, después de Educación Física, Danilo lo acompañó a un local de la galería Zappa de Lomas. El sonido de las agujas era ensordecedor. Félix inclinó el cuerpo sobre el respaldo de una silla forrada con cuero marrón. Un hilo de sangre le bajó

por la columna vertebral. Danilo le veía la cara por un espejo colgado en uno de los ángulos superiores. Félix, inmutable, sonreía con los ojos cerrados.

-Seguimos -preguntó Danilo pasándole la botella de agua helada. Félix le dio un largo trago y se la devolvió. Danilo se sacó la gorra de visera roja, la llenó de agua como si fuese un recipiente y se la volvió a poner. Un temblor le recorrió el cuerpo. La remera celeste estaba empapada. La bermuda de jean apenas se salpicó con unas gotas en el muslo derecho. Luego Danilo levantó la parte de atrás del sillón. Con Félix adelante, continuaron la caminata hacia la estación de Temperley.

En la esquina de Espora y Cangallo los detuvo el semáforo en verde. El calor había derretido la brea del asfalto. Los dos bajaron el sillón debajo del toldo rojo de una ferretería.

-No doy más -dijo Danilo.

-Comiste -preguntó Félix. Danilo, prendido al pico de la botella de agua, movió la cabeza para ambos lados-. Acá a la vuelta hay una panadería -dijo Félix-, voy a comprar facturas.

-Dale -dijo Danilo-. Que no sean de azúcar impalpable ni de hojaldre.

Cuando Félix volvió con la bolsa de papel en la mano, encontró a Danilo sentado en el sillón, con las piernas cruzadas, leyendo el diario que le había comprado al pibe que hace el reparto en bicicleta. Se sentó en la otra punta y agarró la revista que estaba en el almohadón del medio. Danilo sacó de la bolsa de papel un vigilante azucarado. Se torció hacia adelante para que las migas cayeran en la vereda. El pasó a toda velocidad a menos de un metro de su nariz. Danilo se recostó en el respaldo y buscó un churro con dulce de leche.

-Están buenos -dijo Félix con la boca llena-. Pasame el agua y arranquemos.

Cuando el semáforo cambió a rojo cruzaron la avenida Espora. Danilo iba adelante y Félix atrás. Continuaron por Cangallo, rodeados de casas bajas con pequeños jardines en el frente. La botella de agua vacía saltaba de almohadón en almohadón cuando aceleraban el paso. Dos páginas del diario se volaron al llegar a Solís. Pese a notarlos, ninguno amagó a buscarlos. La boletería del lado oeste estaba cerrada. Para llegar al andén 2, por donde pasa el tren rumbo a Yrigoyen, debían cruzar el puente. Se detuvieron en la base de la escalera.

-Va a estar complicado -dijo Danilo.

-Ni lo pensemos -dijo Félix, con un pie en el primer escalón.

Danilo levantó la punta izquierda del sillón de pana roja. Lo posicionó en horizontal, con el frente apuntando hacia la escalera. Félix agarró el costado derecho. Sin pronunciar una palabra subieron cuarenta y tres escalones hasta la cima del puente. Lo atravesaron de punta a punta. Por debajo pasó un tren eléctrico rumbo a Ezeiza. Escucharon el traquetear en las vías. Félix se acordó de la vez que Danilo, sentado en su cama con la guitarra cruzándole el cuerpo, le pidió que lo acompañe con una base de blues. Tenía un tema nuevo para la banda. Lo quería tocar en el asalto de Eliana. Félix, que estaba aprendiendo los primeros acordes, lo miró con el ceño fruncido. Danilo empezó a rasguear las cuerdas. Mientras tocaba miró las manos quietas de Félix en el mástil. No es difícil, le dijo, escuchá, es como el andar del tren.

Las puertas de los vagones se abrieron todas al mismo tiempo. Danilo y Félix entraron el sillón al furgón. Lo ubicaron en el lado izquierdo, donde sólo colgaban dos mountain bike. En el lado derecho había una bicicleta por cada gancho del porta equipaje.

-No era que no viajaba nadie -preguntó Danilo, mientras se sentaba.

Félix le tiró la remera vieja en la cara. Danilo sintió el olor a grasa que cargaba la tela y se la devolvió.

Un hombre con una heladera de telgopor, apoyada en el hombro, avanzó vendiendo helados por el pasillo. Félix sintió en la cara una ráfaga de viento caliente que entraba por la ventanilla.

-Dame dos de agua -le dijo al heladero.

Antes de sacarle los envoltorios a los helados, desparramaron las hojas de los Clasificados sobre la pana roja. Un hombre de rulos rubios que vendía “candados irrompibles”, movió la cabeza, molesto, al verlos chupando los helados como si estuviesen en el living de su casa. Ninguno se percató. Ambos tenían la mirada clavada en la ventanilla de enfrente.

En Banfield subieron más pasajeros. Un viejo con boina azul, que venía de buscar asiento en el otro vagón, separó las hojas del almohadón del medio y se sentó. De su camisa celeste emanaba olor a humedad. Danilo se recostó en el respaldo. Mirando a su amigo, por detrás de la nuca del viejo, levantó las cejas. Félix sonrió. Y se volcó hacia el apoya brazos, para no rozar con la pierna la gabardina del pantalón gris del viejo.

Al pasar Escalada el viejo se adormeció con la boca abierta. Danilo sintió el peso de la cabeza sobre su hombro. De un tirón levantó el brazo para que se despertara. No funcionó. El viejo rebotó contra el respaldo del sillón y volvió a apoyarse en el hombro como si fuese una almohada. Félix se inclinó para sacudirlo. Pero en ese momento vio subir al tren a una mujer de labios gruesos alzando a una beba y dándole la mano a un nene con la camiseta granate de Lanús.

-Señora -dijo Félix levantándose del sillón-. Siéntese.

La mujer se ubicó al lado del viejo, que se estaba incorporando al escuchar el llanto de la beba. El nene con la camiseta granate se agarró del brazo derecho del sillón. Danilo lo observaba. Lo había visto con un alfajor y le preocupaba que tuviera las manos sucias. Esperó que la madre le llamara la atención. Pero la mujer se estaba ocupando de la beba. Se había bajado una tira de la musculosa verde, y con la teta le tapaba el llanto.

Qué tetas, pensó Félix mirándola desde la otra punta. Las tetas grandes le hacían acordar a la abuela de Danilo. Los sábados, cuando volvían de jugar en la liga de fútbol infantil, se quedaban a dormir en su casa. Después de la cena, ella les proyectaba diapositivas de los viajes que había hecho con su marido. Siempre les mostraba las que tenía dentro de la caja azul. Nunca las de la caja verde. Una noche, mientras la abuela se bañaba, Félix le hizo patita a Danilo, y bajó la caja verde de arriba del placard. Cuando la abuela se fue a dormir, armaron el proyector en la pieza. En la primera imagen aparecía una chica, no mayor a veinte años, tomando sol sobre una roca. En la segunda, estaba la misma chica sobre la roca, pero sin la malla roja. Esa imagen la dejaron un rato largo. Eran las primeras tetas que veían. Félix se acercó a la pared y tocó una teta con la mano. Danilo se agarraba la panza de la risa. Luego

Félix se agachó y pasó la lengua por los pezones. Danilo lo siguió. Ambos sentían que el pito les crecía. Félix se bajó los pantalones y empezó a masturbarse. Danilo iba a imitarlo. Pero se detuvo al escuchar un ruido en la cocina. En cambio Félix continuó. Hasta que un chorro blancuzco saltó de su pito y se plasmó sobre una pierna de la chica. Enseguida apagaron el proyector y prendieron el velador. Sobre la pared blanca brillaba la mancha del tamaño de un dedo. Félix intentó limpiarla con su remera. Pero no pudo. La mancha permaneció en la pared durante años, como una cicatriz.

Félix apartó la mirada del escote, cuando la mujer se acomodó la tira de la musculosa. El vagón estaba colmado de bicicletas y había algunos carros con bolsones de tela. Danilo agitó el brazo para que Félix se le acercara. El tren estaba por arribar a la estación Darío y Maxi. Faltaba sólo una para llegar.

-Maestro -le dijo Danilo al viejo- el asiento se baja en la próxima.

El viejo miró a Félix agarrando una punta del sillón y se levantó de un salto, como si no recordara donde se había dormido. Se alisó la camisa con las manos, y caminó hasta encontrar un hueco en el pasillo.

La mujer acomodó a la beba en sus brazos y se levantó del sillón.

-Nosotros también bajamos -dijo bajito.

El tren atravesó el Riachuelo por arriba del puente. El olor a perro muerto entraba por las ventanillas.

-Nos vas a tener que ayudar -le dijo Félix palmeándole el hombro al nene con la camiseta granate.

El nene avanzó por el pasillo, haciendo señas con las manos para que los pasajeros se corrieran. Ninguno movió un pie.

-Tené la puerta -le gritó su mamá cuando el tren estacionó. El nene se escurrió entre los cuerpos y las ruedas de las bicicletas. Antes de que la puerta se cerrara, la detuvo con las manos. Danilo y Félix intentaron arremeter con el sillón por el pasillo. Pero las bicicletas y los carros interrumpían el paso.

-Dejen bajar -gritó Danilo.

-Permiso, permiso -gritó la mujer, encarando de costado con la beba en brazos. Danilo y Félix la siguieron como si fuese una ambulancia que les abría paso. La mujer logró salir al andén. En cambio ellos rebotaron contra la puerta. El espacio que había entre las dos hojas era inferior al ancho del sillón.

-¡Giraló! -dijo Danilo.

Félix lo dio vuelta. El primer tramo del sillón salió sin dificultades. Pero en la mitad, al nene se le zafó la puerta y el sillón quedó atorado.

-Saquen eso, así arranca -gritó alguien desde el pasillo.

El tren estaba parado. La única puerta que estaba abierta era la que tenía al sillón atrapado. Félix volvió a empujar. Escuchó crack. Se detuvo. La pana roja del respaldo se había cortado. Danilo vio la rajadura y pateó con fuerza la puerta.

El guarda, que estaba caminando por el andén, le hizo una seña al maquinista que asomaba la cabeza por la ventanilla. De repente las puertas se abrieron. Félix y Danilo salieron tambaleando con el sillón en alto. Y lo apoyaron debajo del tinglado. Bajo la sombra.

Cuando se sentaron en el sillón de pana roja, el tren arrancó rumbo a Constitución.

-Qué hora es -preguntó Danilo poniéndose la mano como visera. Había perdido la gorra en el tren, y el sol parecía no aflojar.

Félix le señaló el reloj redondo colgado en el techo del andén.

-Ya deben estar en Tigre -dijo Danilo-. Sigamos.

Félix agarró el sillón por delante y Danilo por detrás. Con cuidado bajaron los escalones del túnel angosto. Una correntada de viento fresco los recibió en el hall de la estación. Iban despacio. El techo alto y cóncavo amplificaba sus pasos.

-No lo bajas -dijo Danilo, cuando Félix amagó a estacionarse en el último metro de sombra-. Agarrá para la derecha.

La casa de la abuela de Danilo quedaba en San Antonio 1024. En el cielo no había una nube. A paso lento caminaron dos cuadras por el empedrado de Villarino. Las hileras de tilos a los costados amortiguaban los fucilazos del sol. Las casas estaban con las persianas y las puertas cerradas. El único movimiento que se cruzaron en el recorrido fue un perro que se acercó a olfatear el sillón y se marchó en dirección contraria. Al llegar a San Antonio, hicieron unos pocos metros hacia la casa de la abuela. Apoyaron el sillón en la vereda. Danilo volvió a ver la rajadura y se mordió los labios.

-Qué inventamos -preguntó.

-No es grande -dijo Félix- quizá ni la vea.

Danilo abrió la puerta. La casa estaba oscura y olía a encierro. Volvieron a levantar el sillón y caminaron hasta el living. Con cuidado lo apoyaron encima de la marca rectangular que durante más de treinta años había calado el sillón en el parquet. Félix abrió la ventana y levantó la persiana. La dejó a media asta, como si estuvieran de duelo. Los pocos rayos de sol que atravesaban las cortinas blancas alumbraban el polvo y la pelusa en el suelo. Félix fue a buscar una escoba al lavadero. Danilo se sentó en una de las puntas del sillón. Sacó el atado de cigarrillos aplastado que tenía en el bolsillo trasero de la bermuda y prendió uno. Antes de apagarlo prendió otro. Le dio una pitada larga. Y miró fijo la pared blanca de enfrente, mientras pensaba en qué historia inventarle a su abuela cuando viera rota la pana roja del sillón.



2° Premio
Francisco Bitar
Teoría y práctica
Seudónimo: Ramón Cuevas

Francisco Bitar (Santa Fe, 1981). Escritor. Publicó los libros de poemas *Negativos*, *El olimpo*, *Ropa vieja: la muerte de una estrella* y *The Volturmo Poems*; la novela *Tambor de arranque*; y los volúmenes de cuentos *Luces de Navidad* y *Acá había un río*. Con la crónica *Historia oral de la cerveza* se inició la publicación de la trilogía oral *Radio Corriente Magnética*, que continuó con el volumen *Mi nombre es Julio Emanuel Pasculli*. Es Licenciado en Letras y coordina talleres de escritura.

Para Elisa

1.

La historia tiene un solo comienzo pero, al menos, tantos finales como involucrados hay en ella.

*

Por involucrados entendemos: aquellos personajes (o personas) transformados directamente por la acción. Y cuando hablamos de transformación nos referimos a un cambio tanto interior como externo.

Es mediante la historia que dichos personajes (o personas) dieron con un plano verdadero pero por entonces todavía oculto de su personalidad, aunque para hacerlo debieran destruir a otra persona.

*

No hablamos por ejemplo de la amiga de Elisa que le confió el número de Reno como técnico de computación por hablar poco y cobrar barato. Personajes como este determinan, de alguna manera, a los protagonistas, pero aquí ni siquiera tienen un nombre.

No: si ampliamos la influencia de la acción al más remoto de los anillos concéntricos corremos el riesgo de incluir al mundo.

*

Toda historia, en sus consecuencias, compromete al mundo entero.

2.

Los protagonistas son dos: Elisa y Reno, y, en menor grado de importancia, el primer amor de Elisa, alguien que dará con su nombre más adelante y por una coincidencia algo extraña, como toda coincidencia. Y si bien la historia se construye a partir del punto en que los tres se cruzan -otra coincidencia-, terminará exactamente en el punto donde el lazo entre ellos se desintegra.

*

En un principio, entonces, ambos, Elisa y Reno, tienen la misma edad, y la tendrán a lo largo de la historia.

La misma edad: treinta y dos años. Incluso él es cuatro meses mayor. Sin embargo, cuando se conocen, Elisa ya es una mujer pero Reno no es un hombre todavía.

*

Esos meses de diferencia, aunque se trate de una diferencia mínima, juegan en contra de Reno, le ha explicado Elisa a manera de una gracia.

Él nació en enero, el mes de la dispersión y el descanso, y esa fue la primera imagen que recibió del mundo.

Ella, en cambio, nació a fines de abril, en épocas de recogimiento y reflexión, por eso es que se ha recibido de profesora en artes y hace años que da clases en la escuela secundaria.

*

Reno no entiende el chiste o, en todo caso, no se ríe. Ella no se molesta por repetirlo; no es la inteligencia el rasgo de él que le ha interesado. Es solo que Reno, con sus cautelosas pero constantes apariciones, no ha permitido que ella lo olvidara.

*

Con todo, no es suficiente y ambos lo saben.

Elisa continúa con su vida de siempre como si nada hubiera cambiado.
De los dos, será Reno quien tendrá que hacer algo para quedarse con ella.

3.

Como primera medida, Reno debe conseguir un trabajo que lo ponga en pie de igualdad. Sin título habilitante ni taller donde trabajar, la changa de arreglar computadoras se hace espaciada y mal paga. Por otro lado, él prefiere pensar que ese trabajo forma parte de lo que ahora llama “mi pasado”, una época amarga que, en poco tiempo, supone, quedará atrás. Reno se pone a pasear los perros del barrio en el que vive con su madre.

*

Es un barrio alejado, lo que supone un sacrificio no menor: al comienzo del día, si es que ha pasado la noche en casa de Nancy, Reno debe cruzar la ciudad de ida para llegar al trabajo; al cabo de un largo día, debe cruzar la ciudad de vuelta para estar con ella. Ahora Reno se levanta primero, se afeita al ras y lava las prendas usadas el día anterior, las de él y las de ella en un mismo lavarropas.

4.

Elisa no sabe si confiar en el cambio, tan repentino como se presenta: teme que la apatía, que parece evaporada, permanezca oculta en el fondo de Reno a la espera del momento justo para saltar otra vez al mando. Al fin y al cabo, así ocurrió también con otros novios: el celoso curado que volvió a perseguirla; el infiel curado que volvió a engañarla.

*

Y, aunque no fuera así, aunque efectivamente Reno se hubiera decidido por otra vida, ¿qué hay de ese vuelco absoluto en su carácter? ¿No resulta un poco extraño que de golpe todos sus hábitos sean otros?

5.

Cuando no está paseando perros, Reno pasa tanto tiempo como puede en el departamento de Elisa, incluso duerme ahí una de cada dos noches.

Tal vez dormir sea un término exagerado, y no por el hecho de que se vean obligados a compartir una cama simple: Reno se sacude, gruñe como un oso, empapa las sábanas de transpiración.

Se levanta fresco y lleno de energía.

*

También están los beneficios, hay que admitirlo. Reno cocina, implementa mejoras en la notebook de Elisa. Ahora la computadora está en perfectas condiciones y es posible que sus propias habilidades informáticas, las de Elisa, hayan mejorado, incluso sin que ella lo note. Con todo, los límites están claros. Él no tiene una llave, lo que significa que no se queda en la casa mientras ella no está.

6.

Si el negocio de los perros marcha tan bien es porque el barrio donde Reno vive y trabaja se asemeja a un gran geriátrico, con un perro guardián en cada casa: los viejos no están en

condiciones de sacar sus perros a pasear, y un perro que no sale, que no gasta energías, es un perro que no duerme.

Tendrías que verlo, le dice Reno. Antes el barrio parecía una zona embrujada, con lobos aullándose unos a otros.

Yo los convertí en perros, dice Reno con una sonrisa. Yo espanté los fantasmas.

Ella lo mira.

*

¿Qué tipo de comerciante, aunque exitoso, sería Reno, el paseador de perros?

Seguramente uno con el auto siempre sucio y desordenado, con el celular en su funda de cuerina colgando del cinto.

Alguien que abandonó una carrera universitaria, alguien que trabaja en una camioneta y usa pantalón de buzo.

En definitiva, alguien que ha cambiado las costumbres de quien vive en la ciudad por las costumbres de quien vive en el campo.

7.

Así y todo, si ella discriminara los aspectos positivos y los negativos de la relación, es posible que prevalezca el lado bueno. Pero son especulaciones: Elisa no está dispuesta a hacer el cálculo.

Llegar al amor por vía lógica, piensa ella, sería como bailar pensando en los pies.

*

Siempre que en una relación amorosa alcanza, podríamos decir, la hora de la verdad, recuerda a su primer amor.

Es posible que los años hayan rodeado las cosas con su aura mítica, pero Elisa lo ve todavía, a la distancia, como un chico seguro de sí mismo, lo que le permitía mostrarse ante el mundo como alguien tranquilo y solitario. Lo mejor que tuvo y, por desgracia, el primero: la relación estaba destinada a la ruptura, ellos debían probar el mundo.

Sin embargo, la conexión iba más allá de lo evidente: él la llamó cuando Elisa perdió a su madre; ella lo llamó cuando él armaba la valija para irse lejos.

8.

Con una parte cubierta por el dinero ahorrado y otra a pagar en cuotas, Reno compra una Traffic destartalada y unas jaulas de gallinero donde, apilados, irán los perros. Elisa no pone un centavo.

Durante el primer paseo, y a pesar del esmero que Reno ha puesto en la limpieza (pulverizó la caja de la Traffic con una hidrolavadora y colgó un pino verde del retrovisor), el olor a excremento de gallina se deja sentir cada vez que frenan en los semáforos y el aire de atrás pasa adelante.

Para Reno es el perfume de la victoria; Elisa puede notarlo en el gesto bonachón con que cede el paso, volcando un costado sobre el inmenso volante como si se apoyara sobre la barra para pedir no un whisky sino té helado.

Van sentados uno junto al otro, mirando el resto del tráfico desde arriba.

Acaso por esa diferencia en los niveles de visión, él la llama mi reina.

*

Ahora Reno sale antes de la primera claridad y emprende la ronda de trabajo. Las calles están

despejadas todavía y si por casualidad se encuentran dos vehículos en un cruce, ambos con las luces bajas encendidas, los dos estarán dispuestos a esperar una eternidad hasta que el otro se decida a avanzar. Es por esto que Reno puede beber su café sin detener la marcha, directamente desde el termo de acero que dejó preparado la noche anterior.

Una hora después, Reno está en el parque Garay junto al lago de aguas verdes, donde espera que los perros vayan y vengan antes de darles el balanceado. La vieja setter se desploma al pie de una tipa.

El galgo corre en libertad sólo porque los dos ovejeros, fieles a un llamado ancestral, han trazado el círculo imaginario del que Reno es el centro: cuidan al rebaño.

Él, Reno, se pone un pasto largo en la boca, arroja un palo al aire, evita que se muerdan.

Los devuelve a casa, cansados y contentos.

9.

La vida es buena con él: Reno es capaz de pagar su propia casa y piensa hacerlo.

A esta altura, por mucho que Elisa se esfuerce, las excusas para evitar la convivencia parecen agotadas. Y ocurre algo nuevo, algo que incide sobre la historia a la manera de una acción determinante.

¿Por qué no te venís a casa?, propone.

*

Es en este punto que Elisa siente el cambio, algo así como un reflujo en las mareas del útero.

Primer amor ha despertado, se dice ella.

Primer amor se ha puesto en marcha.

10.

Ella no puede dormir.

El viento agita la jirafa metálica del semáforo y la luz cambiante, que flota a la altura de su ventana, tiembla también en el interior del dormitorio.

Una moto de explosiones graves toma una y otra vez por su calle. Y cada vez que pasa frente a la puerta, acelera.

*

Está explicando técnicas de encuadernación a los chicos de primer año. No le dedicará demasiado al tema, por lo que se considera satisfecha si logran apenas un cuadernillo, una hoja doblada al medio con dos ganchos en el pliegue.

De vuelta del recreo, uno de los chicos aparece con un cuaderno de tapas verdes, el color preferido de Elisa, y hojas ahuesadas, prolijamente cocidas con un hilo que, entre los entendidos, llaman carmesí.

Es un regalo, dice el chico.

En la primera página, luego de las hojas de guarda, hay un sello con su nombre.

*

Está soplando el humo de su taza de té en dirección a la ventana.

Es la hora en que los autos prenden los faros que iluminarán la calle hasta llegar a casa, menos por precaución que por contagio.

Reno no ha vuelto todavía y el departamento está en silencio.

Cuando los vidrios empiezan a empañarse, de arriba hacia abajo, aparece, justo delante de Elisa, el mensaje:

ESTOY EN LA CIUDAD

Antes de que Reno vuelva, Elisa abre la ventana para borrar las letras con el aire nuevo.

*

Elisa y Reno van al cine.

Es Elisa quien eligió la película, por lo que se trata de una sala antigua, con pocos espectadores. Sin embargo, aunque sobran butacas, un hombre encorvado y de sombrero se sienta delante de ella. Reno protesta pero el otro no se da por aludido. De hecho, se acomoda aparatosamente en su lugar una y otra vez.

Cuando las luces se atenúan y se enciende la pantalla, suena el celular de Reno. Elisa lo mira con desaprobación y él sale a la calle.

Es en ese momento que el viejo se da vuelta. A pesar del sombrero y del efecto de contraluz, ella alcanza a reconocerlo: Álvaro.

Es así como el primer amor de Elisa recibe su nombre en esta historia.

*

Cuando Reno vuelve, el viejo sale.

Voy al baño, dice ella, pero, una vez afuera, no hay nadie en el hall ni en la calle, donde se ha asomado hasta dar vuelta a la esquina.

Al entrar, ya sin esperanzas, nota una sombra en el piso del baño de mujeres.

Elisa y Álvaro hacen el amor, ahí mismo, con urgencia y ferocidad.

11.

De aquí en más, esta será su manera de hacer el amor: en los baños, con rapidez y violencia.

*

Álvaro se hace pasar por un padre y entra a la escuela: ahí está el baño de profesores.

Álvaro la sigue hasta el centro comercial, simula atender unos folletos exhibidos en la vidriera de una empresa de turismo pero, finalmente, la intercepta: ahí está el baño para clientes.

Álvaro muestra su entrada y accede al recital en las canchas de fútbol del campo universitario.

En el límite, atrás del último arco, han dispuesto una pared de baños químicos, barrera que todo el mundo supera para mear junto al lago. Por primera vez desde su reencuentro, Elisa y Álvaro hacen el amor bajo las estrellas.

12.

Por supuesto, al cabo de unas semanas, se impone el sueño de una vida juntos. Lo conversan en los vestuarios, después de pasar por los baños del club Banco Provincia.

Estamos lejos de una casa, dice ella.

Sentados en un banco de madera e inclinados hacia delante, es como si estuvieran en el entretiempo de un partido. Un partido en el que van perdiendo.

Por qué estamos lejos, quiere saber él.

Andamos en moto, dice Elisa. Si por lo menos tuviéramos un auto. Un auto es lo más parecido a una casa.

Él la mira.

Es el tipo de lugar que viene justo antes de una casa, agrega ella.

Acompañame, dice Álvaro poniéndose en marcha.

Nos pueden ver, dice Elisa, aunque sin detenerse, camino a la moto.

Tengo un casco para vos, le dice él.

*

Dormir, duermo en mi carpa, dice Álvaro.

Elisa está descorazonada.

¿Qué carpa?, pregunta.

No importa cuál sea la dirección: mire donde mire, ella no ve otra cosa que un descampado cubierto de yuyos altos.

Una tipo iglú, responde él, una carpa que arma todas las noches antes de acostarse y desarma cada mañana con la primera claridad. La disimula entre las pilas de leña del vecino.

¿Y el colchón?

No hay colchón. Él ha supervisado el terreno y conoce las zonas blandas.

¿Y las frazadas?

No hay frazadas. Álvaro calienta el interior de la carpa con el ir y venir de su propia respiración. Comer, come lo que encuentra por la calle, en los tachos de los parques, en los contenedores del centro comercial. Están los árboles frutales, de cuyo relevamiento él se ha ocupado: moreras, cítricos, parras. Se llena de comida los domingos, el día en que la gente desperdicia una mayor cantidad de alimentos, y empieza la semana con un pico de energía. Ella se asombraría de la cantidad de comida que descarta la gente.

¿Y el terreno? ¿No teme que lo echen?

Acá es donde vamos a vivir, dice Álvaro.

El terreno será nuestro.

13.

Elisa hace el amor al menos dos veces por día, con dos hombres distintos.

*

Es un tiempo de plenitud, la mejor época de su cuerpo, que coincide con la llegada de la primavera.

Ella toma tres duchas diarias.

Con la primera, queda limpia para Álvaro.

Con la segunda, queda limpia para Reno.

La tercera es para ella, para entrar limpia en la cama.

*

Con Álvaro lo hace por placer.

Con Reno —quien pregunta qué le pasa, la siente lejos— lo hace para calmar sus sospechas.

*

Más allá del anticipo, algunos días de frío se entreveran todavía en el florecer de la primavera. Elisa los detesta y hace como si no existieran: usa vestidos livianos y anda con el pelo recogido.

Reno, en cambio, sube la llama de la calefacción, que ha quedado en piloto.

Es así que una noche se imponen los efectos del choque entre temperaturas, resultado de la condensación, es decir, del agua en estado gaseoso, que, invisible en el aire pero presente al fin, forma minúsculas gotas al entrar en contacto con el vidrio frío.

*

¿Quién está en la ciudad?, pregunta Reno de frente a la ventana empañada. Nadie, dice ella borrando con la mano, aunque tarde, las palabras del vidrio. Elisa, exclama Reno. Yo, dice ella. Yo estoy en la ciudad, ¿no? No, dice él. No es tu letra.

14.

Reno toma distancia. Ya no cocina ni habla del trabajo durante la cena, si es que comen al mismo tiempo. Ella no lo sabía hasta ahora, pero Reno traía vida a la casa.

*

Tampoco se agita al dormir, lo que extraña a Elisa. A lo mejor, piensa ella, sueño y vigilia son para Reno mundos opuestos: cuando todo está bien en la realidad, él se agita en sueños. Y a la inversa. Por supuesto, esa no es la razón, ella lo entiende una noche en que demora en dormirse: si Reno ya no se revuelve en la cama, si ya no gime y transpira, es porque espera un tiempo prudente y, cuando supone que Elisa está dormida, llora en silencio.

*

Reno ha llamado a la escuela para preguntar si Elisa fue a trabajar estos últimos días. Cómo vas a hacer eso, dice Elisa una vez de vuelta en casa. Ese es mi lugar de trabajo, agrega. Quería saber, dice Reno. ¿Y? ¿Qué te dijeron?, suelta ella a la manera de un reproche. Que no habías faltado un solo día, responde él mirando el piso, que ni siquiera habías llegado tarde. No lo vuelvas a hacer, ordena ella. Nunca más llames a mi trabajo. Perdóname, dice él. Y agrega: Nunca antes había estado frente a una separación. Es posible que haga cosas raras.

*

En pocos días, la ciudad se ha convertido en su campo de acción, le ha confesado a Elisa. No tiene nadie más a quien contárselo y necesita hablar con alguien. Cuenta que se ha fijado en los colectivos de la línea que ella suele usar, aunque, para tomar contacto con su ruta, debiera desviarse del camino que lo lleva hasta el parque. Pasa por la Terminal de micros y atiende a las despedidas, se demora en la puerta de los teatros, mira los bancos de plaza, pensados para una capacidad de dos personas adultas. Sin importar la hora, sale a ver cuando un motor late más de lo necesario en la puerta de casa.

*

Esta madrugada ella sigue desde la ventana su trayecto hasta la Traffic. Reno ya no lleva su termo de café ni se preocupa por cambiarse de ropa. Su barba está larga de nuevo. Se ha puesto las zapatillas de un pisotón, sin desatarlas. Se trata de una versión de Reno que ella no conocía y no tenía por qué conocer: es la fase de un hombre que se deja ver una única vez, justo antes del final de una relación. Es ahora, en este mismo punto, que, si no se resistiera, Elisa podría amarlo. Pero la acción está lanzada hacia delante y no hay nada que pueda detenerla.



Jonás Gómez

3° Premio

El poder infinito de los cuerpos

Seudónimo: Constantino

Jonás Gómez (Buenos Aires, 1977). Editó *Equilibrio en las tablas* (Mansalva), primer premio Indio Rico en poesía, *El dios de los esquimales* (Ediciones Diatriba), *Calendario de siembra* (Barba de abejas), *Venga a nosotros el reino de las estrellas* y *Economías* (El ojo del mármol). En el 2018 editará *El uso correcto de las manos* (Taller Perronautas), *El dios de los esquimales* (Virus - Chile) y *Una percepción binaria del color*, mención en el concurso de poesía de Editorial Municipal de Rosario.

Juventud, filoso tesoro

Nadie sabe cómo empezó. Pudo haber sido una pelea o algo que pasó una noche en la que estaban todos borrachos, elevados por espuma de cerveza. Lo que se sabe es que después de esa noche el acto se repitió. Si alguien se quiere sumar al grupo tiene que pasar la prueba. Hoy es el turno de Marcos. Tiene 22, está rapado, usa una campera de cuero gastada, se lo ve demasiado flaco para plantarse frente a una correntada fuerte. Y su dentadura. Su dentadura es ambiciosa, intenta ganar espacio en la boca y salir, exponerse entre labios finos. Pero está, está en cuerpo y alma, y ahora se ajusta los cordones de las zapatillas blancas de lona, porque sabe que si se cae, si se engancha con los cordones, todo puede terminar mal. Así que se para en la última baldosa y se asegura de que todo esté en su lugar.

La admisión es simple: para entrar hay que correr hasta el final del paredón mientras los otros tiran botellas vacías. Es simple. Aunque se registran cabezas rajadas, hombros dislocados, pérdida de dientes frontales, todos fueron accidentes, nadie le apunta al que corre, los botellazos son para estimular al corredor para que siga corriendo (nada de flojera, nada de flacidéz). Pero Marcos no tiene miedo, está alerta, cargado de shots de adrenalina en sangre y ver a 10 o 20 pasos a los otros, especialmente al Chino, que tiene un ojo blanco porque en su admisión la botella se estrelló frente a su cara, y uno de los vidrios se clavó en la pupila, hace que Marcos tenga un recordatorio facial de lo que puede pasar si no se mueve rápido.

Pero el Chino no guarda rencor. Hasta parece orgulloso de la marca. Cuando alguien va a comprar al mercado, su papá es el encargado, el Chino te enrostra su cicatriz. A veces hasta apoya los codos en el mostrador, después de cobrarte, y te mira fijo, con ese ojo vacío de color.

En los últimos años el grupo creció, ahora somos más, más personas tirando botellas contra el paredón, más brazos formando la cadena de fusilamiento a vidrio. Y eso que se preserva es una ceremonia que no tiene otro sentido que el ingreso. Pero quiero que esto quede claro: nunca hubo un plan. Nadie dijo: “hagamos de la multiplicación nuestra forma de crecimiento”, pero la gente fue llegando. Flacos y flacas del barrio, de los alrededores, se acercaron por la gravedad del momento y eligieron quedarse. Imaginé a un grupo de personas tirando botellas mientras corrés desde una línea marcada con ladrillo. Te despierta, te hace sentir más vivo. Es algo muy puro.

Marcos respira hondo. Ve la hilera de camperas oscuras, a 10 o 20 pasos, todos rodeados por botellas. Nadie habla, pero están atentos, a la espera de lo que pasa. Todavía no se sabe cómo va a reaccionar, si va a correr o el miedo lo va a frenar en seco, para volver sobre sus pasos sin completar la iniciación. Algunos no pudieron hacerlo, antes de salir decidieron que era una mala idea exponer el cuerpo a ese peligro, quizás pensaron que los que sostenían las botellas podían tener un raptó de miserabilidad, que podían apuntar a la cabeza. Esos, los que se arrepintieron, no tuvieron una segunda oportunidad. Si querían hablar, si se acercaban buscando comprensión se los dejó hablando solos. No hay espacio en la formación para los que fallan.

El Chino es el más viejo del grupo, creo que tiene 35. No es el jefe porque no hay jefes, pero es el mayor. Sigue usando la misma campera de cuero, y aunque ahora hay mechones blancos tiene mismo corte de pelo que trajo cuando lo conocimos. Un cambio mínimo. El pelo blanco y la cicatriz. Pero fuera de eso nada cambió demasiado, para él o para los otros. Seguimos en los mismos trabajos, cumplimos los mismos horarios y tenemos las mismas responsabilidades. Isabel, que está en el grupo desde hace dos años, tiene un hijo de cuatro. Está juntada, vive en un departamento chico. Todos los meses paga el alquiler, siempre a tiempo, siempre en efectivo. Su hijo hace dibujos de dinosaurios que atacan edificios o aplastan autos. Los marcadores brillantes hacen toda la escena. Isabel guarda los dibujos en una carpeta. Lo más importante en su vida es el chico, pero cuando alguien quiere entrar al grupo, cuando alguien corre en la fábrica abandonada, ella le da un beso en la frente y su pareja se queda a cargo. No hay discusión posible, no hay debate, cuando llega el momento ella se pone el saco oscuro y se aleja del edificio.

La noche está despejada, así que Marcos puede ver todo, se ven los pedazos de vidrio en el suelo, que forman una línea recta y brillante, alimentada por decenas de botellazos. Los que están en la fila se ven borroneados por la oscuridad, los rasgos difusos, algún diente más blanco por la calcificación, algún anillo o cadena alrededor del cuello, pero son detalles. Y se escucha un murmullo, es un sonido entrecortado, que crece mientras las bocas se abren para formar una canción.

Marcos ya estuvo en otra noche de admisión, vio lo que pasaba y pensó que eso podía servirle para anticiparse. Sabe que el Chino tira las botellas formando una curva, sabe que

Isabel le apunta bajo, sabe que otros cierran los ojos antes de tirar, concentrados en el momento, como si fuera arquería zen. La primera vez que vino fue una noche de neblina, era el turno a Ana, que renguea desde su bautismo. Ella corrió hasta el centro del paredón sin parar a ver cómo llegaban las botellas, corrió rápido y recta hasta que Isabel, eso creía Marcos, soltó una bendición. Por un momento Ana se quedó torcida, pero siguió avanzando, hasta llegar al final. Nadie sabe si la lesión se asentó definitivamente o es pasajera, pero Ana todavía camina raro. Marcos estaba en la esquina cuando pasó, lo vio de casualidad. Vio cómo rodeaban a Ana cuando terminó todo. La abrazaron, le dieron la bienvenida. Él estaba borracho pero entendió que lo que había visto era importante, pero no encontraba las palabras para articularlo. Se acercó despacio, sosteniendo su propia botella y se quedó ahí, esperando una explicación o una invitación. Isabel fue la primera en verlo. Marcos tomaba del pico. Los demás fueron notando que estaba ahí, que era parte de la escena, aunque fuera un espectador casual. Se miraron entre ellos.

—Si querés podés venir en unos meses. Es el primer sábado del mes, a la noche, acá mismo.

Y ahora Marcos escucha el murmullo, el cántico bajo. Llega como un oleaje que lo impulsa a correr. Y eso hace. Da el primer paso y el aire le llena los oídos, corre rápido mientras las botellas estallan. Explotan cerca pero no frena, se mueve. En un tramo, a mitad de la carrera, se echa para atrás, si estuviera a unos pasos, como nosotros, podría ver la nebulosa de vidrios que se forma frente a su cara. Es una nube de caramelo filoso, que se esparce, se mantiene ahí, por un momento, antes de caer en la vereda. Pero la posición de Marcos es otra, su energía es otra, se saca las astillas de la frente y sigue, manchas rojas en la cara y todo, pero corre con velocidad. Y corre más, siente los pulmones calientes, el aire arde mientras escucha las últimas bombas de vidrio para cruzar y pasar por encima de la segunda línea naranja.

Hay gritos y silbidos. Del otro lado Marcos siente el cuerpo vibrado. Camina, da pasos agitados porque el oxígeno no alcanza. Respira como boxeador, se mueve de un lado al otro, como si todavía estuviera corriendo. Salta y exhala. Después de que libera esa energía nos acercamos y lo abrazamos. Ya es uno de los nuestros.



CATEGORÍA ENSAYO

JURADO

Paola Cortes Rocca es crítica cultural y se especializa en el cruce entre literatura y visualidad. Publicó ensayos sobre zombies y racialidad, fantasmas y política, imaginación técnica y ciudadanía, en revistas como *October*, *Mosaic*, *Iberoamericana*. Su libro *El tiempo de la máquina* aborda el impacto de la fotografía en el campo cultural latinoamericano de fines del siglo XIX. Se doctoró en Princeton University; fue Jefe del Departamento de Literaturas Extranjeras en San Francisco State University y profesora en varias universidades. Actualmente es investigadora adjunta del CONICET y docente de la UNAHUR y la UNA.

Florencia Garramuño recibió su PhD en Romance Languages and Literatures en Princeton University. Dirige el Departamento de Humanidades de la Universidad de San Andrés, y es investigadora independiente del CONICET. Recibió, en 2008, la beca John Simon Guggenheim. Entre sus libros se cuentan *Modernidades Primitivas: Tango, Samba y Nación*, *La experiencia opaca*, *Frutos Estranhos: Ensaíos sobre a inespecificidade na Estética Contemporânea* y *Mundos en común*.

Valentín Díaz es doctor en Letras de la Universidad de Buenos Aires, docente de la cátedra de Literatura del siglo XX (Facultad de Filosofía y Letras, UBA) y de Debates Críticos (Maestría en Estudios Literarios Latinoamericanos, UNTREF). Secretario Académico del Programa de Estudios Latinoamericanos Contemporáneos y Comparados (UNTREF) y Miembro del Consejo Editor de la revista *Chuy*. Investiga sobre teoría literaria y estética del siglo XX.



Rafael Arce

1° Premio

*La visitación. Ensayo sobre la narrativa
de Antonio Di Benedetto*

Seudónimo: Luis Villalba

Rafael Arce (Buenos Aires, 1980). Es Investigador del CONICET y profesor en la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe. Publicó artículos, ensayos y reseñas sobre Juan José Saer, Antonio Di Benedetto, César Aira, Sergio Chejfec, Alberto Vanasco, Ricardo Piglia, María Moreno, Romina Paula, Carlos Catania, Osvaldo Lamborghini y el libro *Juan José Saer: la felicidad de la novela*. Es columnista de *BazarAmericano*. Fundó con algunos amigos la revista *Präuse*, en la que publicó algunos de sus ensayos. Reside en la ciudad de Santa Fe.

“La imaginación dibenedettiana es la apertura a una experiencia de alteridad radical. Nos abre el horizonte de la animalidad, lo demoníaco, los fantasmas, la experiencia sagrada, la intimidad. En efecto, ¿qué es lo que se niega, sino aquello expulsado como no humano por el sujeto cartesiano soberano? Lo irreal es lo otro, lo extraño es lo extranjero, lo que no puede expresarse desde la lógica de lo propio: lo que llega sin llamar, lo que no es invitado sino que, de modo imprevisto, nos visita”.



Silvio Mattoni

2° Premio

¿Qué hay en escribir? Letra, pintura, poesía

Seudónimo: Leo Popper

Silvio Mattoni (Córdoba, Argentina - 1969). Da clases de Estética en la Universidad Nacional de Córdoba. Investigador del CONICET. Publicó los ensayos: *Koré* (2000), *El cuenco de plata* (2003), *El presente* (2008), *Bataille. Una introducción* (2011), *Camino de agua* (2013), *Música rota* (2015) y más de una docena de libros poesía. Recibió, entre otros, el Primer premio de Ensayo del Fondo Nacional de las Artes en 2007 y en 2012; y la Beca Guggenheim en 2004. Tradujo libros de literatura, filosofía, antropología y psicoanálisis.

“Desde los ensayos fundamentales que instalaron su palabra crítica, Blanchot se dedicó a rebatir un antiguo lugar común: que se escribía contra la muerte. O bien, desde el punto de vista de la obra, que la literatura pondría algo a salvo de la muerte, en la ambigua forma del monumento póstumo. Pero sucede que la obra es ya la muerte del autor, antes que su salvación. Pues lo que hace funcionar la obra es el carácter impersonal de quien la produce; no porque el libro no sea hecho por nadie, sino más bien porque la mano que lo trazó no está unida a la mirada que podrá leerlo. Orfeo, en los términos míticos de Blanchot, no podrá darse vuelta para juzgar los versos que sus pasos dejaron atrás. Y además, la obra se realiza en el espacio de la muerte. Si de algún modo se puede afirmar que se escribe para no morir, la obra, cuando encuentra su triunfo, siempre precario, viene a decir lo opuesto: se escribe para morir, para asumir la muerte”.



Maximiliano Crespi

3° Premio

El sentido del mundo

Seudónimo: Octavio Moreno

Maximiliano Crespi (Bahía Blanca, 1976). Crítico, ensayista, docente universitario e Investigador de CONICET. Prologó libros de Jaime Rest, David Viñas y Raúl Antelo. Publicó en numerosas revistas académicas y culturales. Participó en la historia social *Literatura Argentina Siglo XX* dirigida por David Viñas y en la *Historia Crítica de la Literatura Argentina* dirigida por Noé Jitrik. Publicó *La conspiración de las formas* (2012), *Jaime Rest: función crítica y políticas culturales* (2013), *Los infames* (2015) y *Viñas crítico* (2017).

“El trabajo filosófico de León Rozitchner bien puede ser leído como un programa de liberación elaborado sobre un sensualismo del contacto y la reciprocidad. Un programa lúcido y coherente, cuya determinación se refrenda en el contenido de verdad del continuum de un pensamiento crítico sostenido durante más de medio siglo. «El problema central de la filosofía es el problema de la lectura», afirma categórico en una de sus últimas entrevistas. En efecto. Leer es, bajo la piel de ese pensamiento salvaje, una especie de ejercicio íntimo y político que decanta no en una didáctica sino en una propedéutica: un trabajo de reflexión sobre el conjunto de condiciones, saberes, técnicas y disposiciones políticas que activan la emergencia de un sentido del mundo a partir del encuentro y el descubrimiento del cuerpo sensible y pensante propio con el cuerpo sensible y pensante del otro”.



Nora Strejilevich

1º Mención

*Escritura y memoria. El lugar del testigo
(Uruguay, Chile, Argentina)*

Seudónimo: Nadia León

Nora Strejilevich (Buenos Aires, 1951). Escritora y docente. Autora de artículos académicos, relatos y novelas. *Una sola muerte numerosa* fue galardonada en los Estados Unidos (Premio Nacional Letras de Oro a la literatura hispánica, 1996), publicada en ese país y en Argentina (1997), traducida al inglés y al alemán (2002) y adaptada a teatro (2004).

El arte de no olvidar: literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los ochenta y los noventa (ensayo, 2006) es el primer estudio regional sobre el tema, y *Un día, allá por el fin del mundo*, su último libro de narrativa (en prensa).

“Las investigaciones que se han encarado sobre los testimonios consideran que su objeto de estudio es el conjunto –que puede incluir crónicas de la militancia y la cárcel setentistas, relatos sobre la vida de revolucionarios de América Latina, además de relatos de sobrevivientes de los campos. Abordar así estos textos impide, a mi juicio, entender la especificidad del relato de los sobrevivientes de los campos, porque esa experiencia límite lleva al testigo, a menudo, a crear nuevas formas de decir que le permitan «nombrar lo innombrable». No me acoplo a las conclusiones más aceptadas de este debate célebre, que proclaman la evidencia de lo inenarrable. Lo que sospecho es que se trata de un relato que no se puede acoplar a la novela por estar ligado a la verdad (sin mayúsculas), y que no se puede acoplar a las memorias de vida o de militancia por su anclaje en una zona de silencio (que el testigo rompe), vinculada a una figura –el desaparecido– que «proviene de la lectura de un rasgo que marca una diferencia absoluta» (Jinkis, 2011: 79). El testigo es un aparecido que viene de una dimensión Otra, a exponer su verdad traumática, inolvidable, que le pertenece a la sociedad a la que interpela, pero que la sociedad no quiere ver. «*El testigo es alguien que carece de espejo. ¿Qué significa sino el presentimiento fundado e insidioso de que tal vez no haya quien pueda oír, nadie que pueda imaginar?*» (Idem, 86)”.



María Celia Vázquez

2° Mención

Victoria Ocampo, cronista outsider

Seudónimo: Ema V.

María Celia Vázquez (Guaminí, 1957). Estudió Letras en la Universidad Nacional del Sur (Bahía Blanca), realizó una Maestría en la Universidad Nacional de Mar del Plata y se doctoró en la Universidad Nacional de Rosario. Actualmente se desempeña como docente de Teoría Literaria en la Universidad Nacional del Sur. Se ha especializado en la literatura argentina del siglo XX. Compiló, con Alberto Giordano, *Las operaciones de la crítica* y dirigió el volumen *Debates intelectuales en el contexto del peronismo clásico*.

“Victoria Ocampo se impone con fuerza propia cuando aquello que se investiga tiene que ver con el agenciamiento de un espacio y un nombre en ese escenario de modernización cultural que fue Buenos Aires durante las primeras décadas del siglo XX, donde sin saberlo Ocampo protagonizó muchas de las transformaciones operadas tanto en el ámbito social como en la escena literaria. Si bien, en el siglo XIX, la prensa ya se había insinuado como un recurso para el acercamiento de las mujeres a los círculos letrados, es en el transcurso de las primeras décadas del siglo siguiente cuando la actividad periodística se definió como un factor clave en relación específica con el tránsito hacia la profesionalización femenina”.



CATEGORÍA NOVELA

JURADOS

Luis Chitarroni ha publicado *Siluetas*, *El carapálida*, *Los escritores de los escritores*, *Mil tazas de té*, *Ejercicio de incertidumbre*, *Peripecias del no*. Próximamente: *La noche politeísta* (Interzona), *Una inmodesta desproporción* (Mansalva), *Tres veces cien: una observación sobre la simetría* (Random House Mondadori), *Pasado mañana* (UDP). Este año se publicará su curso dictado en el MALBA: *Breve historia argentina de la literatura latinoamericana*. Fue editor en Sudamericana y luego en Random House Mondadori, de 1986 a 2010; desde entonces, lo es en La bestia equilátera.

Silvia Hopenhayn es escritora y periodista cultural. Su última novela es *Elecciones primarias*, de la que se realizará una ópera de cámara el año próximo. Es también autora de libros de reseñas y conversaciones con escritores como *¿Lo leíste?* (Alfaguara), *Ficciones en democracia* o *La ficción y sus hacedores* (Fondo Nacional de las Artes). Dicta talleres de lectura en el MALBA y en el Bellas Artes. Hace 25 años realiza programas literarios en televisión como *El fantasma*, *Escritores argentinos*, *La lengua suelta*, *La página en blanco* y, actualmente, *Nacidos por escrito* en Canal Encuentro. Recibió los premios: Konex de Oro; Julio Cortázar de la Cámara Argentina del Libro; FUNDTV y Premio UBA.

Romina Paula es egresada de la Carrera de Dramaturgia de la EMAD. Como autora y directora estrenó las obras *Algo de ruido hace*, *El tiempo todo entero*, *Fauna*, y *Cimarrón*, entre otras. Editorial Entropía publicó sus novelas *¿Vos me querés a mí?*, *Agosto*, *Acá Todavía* y sus tres primeras obras de teatro.



Ricardo Romero

1º Premio

Yo soy el invierno

Seudónimo: Juan Drodman

Ricardo Romero (Paraná, Entre Ríos- 1976). Es licenciado en Letras Modernas por la UNC. Publicó el libro de cuentos *Tantas noches como sean necesarias* (2006) y las novelas *Ninguna parte* (2003), *El síndrome de Rasputín* (2008), *Los bailarines del fin del mundo* (2009), *Perros de la lluvia* (2011), *El spleen de los muertos* (2013), *Historia de Roque Rey* (2014), *La habitación del presidente* (2015) y *El conserje y la eternidad* (2017). Ha sido traducido al portugués, al italiano, al francés y al inglés. Junto con Luciano Saracino escribió el guión para la película *Necronomicón* (2018). Vive en Buenos Aires, donde trabaja como editor.

“¿El frío es una cualidad del aire o el aire es una cualidad del frío? Incrédulo, el Pampa ve los primeros copos caer. Livianos, deshilachados, pero copos al fin. Está nevando. El Pampa levanta las manos, las abre para sentir el tacto de esa nieve, pero a pesar de que puede ver cómo los copos quedan y desaparecen sobre sus palmas, no siente nada. Levanta la cabeza y ahí sí siente el roce. El cielo está blanco y encandila. Cuando baja la vista, ve algunos vecinos asomados. Algunos hombres y mujeres han salido a la calle y sus gestos son muy parecidos a los suyos. Las manos abiertas, la cara levantada. El Pampa baja las manos, un poco contrariado. Y retoma la marcha. Quiere evitar preguntas, como si él tuviera que tener las respuestas”.

“El Pampa no lo sabe, no está seguro, y nunca se atrevió a preguntárselo a su madre. Cuando ella quedó embarazada, ¿su padre ya había perdido la pierna? Lo que quiere saber el Pampa, es esto: ¿fue gestado por un hombre con una sola pierna? Y si es así, ¿es posible que haya algo de eso en él? Una ausencia, un fantasma, algo incompleto. O al contrario, algo que le sobra, que no le permite sentarse, andar, acostarse como al resto de las personas. Una inquietud. En los entresueños de las guardias, en los despertares abruptos en medio de la madrugada y el silencio de su habitación, el Pampa puede encontrarse con esa penumbra adentro de los ojos. Ahí, sin previo aviso, el Pampa puede volver a estar debajo de la mesa de la cocina. Su recuerdo exagera la penumbra, pero no la negrura del muñón. Hay veces en que el Pampa cree que sí, que el padre ya había perdido la pierna. Hay veces en que piensa que no. Ninguna de las dos posibilidades lo satisface plenamente”.



Gloria Amelia Peirano

2º Premio

La ruta de los hospitales

Seudónimo: EMILY E.

Gloria Peirano (Buenos Aires, 1967). Es Licenciada en Letras (UBA). Publicó *Miramar* (El fin de la noche, 2012) y *Las escenas vacías* (Ojo del Mármol, 2016). Es Profesora Adjunta en la Universidad Nacional de Tres de Febrero, en la carrera Gestión del Arte y la Cultura y Profesora Titular de Morfología y Sintaxis, en la carrera Licenciatura en Artes de la Escritura de la Universidad Nacional de las Artes. Es autora de los textos de los documentales “El día nuevo” (2014) y “El estanque” (2017), ambos dirigidos por Gustavo Fontán.

“Es, ahora, la sala de Pediatría del Hospital Gandulfo, próxima a la cocina. Giro el picaporte de la puerta para entrar y eludo, con un movimiento preciso, el empujón de un padre que intenta colarse. Te pido que esperes afuera, vos también. El hombre se recuesta sobre la pared. No lo mirás a él, sino a la pared. El color celeste pálido, las estrias en la pintura, las zonas descascaradas. Siempre mirarás paredes, en una desviación que te vuelve inmune, porque comprenderás que de eso se trata también la espera. Aquellos que esperan modifican su condición en el mundo, aguardan ansiosamente una reciprocidad, una señal que nadie les prometió. Las paredes del pasillo frente a la sala del Gandulfo –el hombre sigue recostado, la cabeza hacia atrás, y se quedará allí todo el tiempo que sea necesario– son, allí, esa mañana, lo único que no parece afectado de invisibilidad”.

“Te impresiona la elegancia. Las formas bellas te resultan fáciles, suaves. Te calman. A mí también, pero menos. El efecto no me alcanza de modo pleno, hay interferencias, lejanía. El mundo de la acción me arrastra, cada acción es un pequeño reino bullicioso donde una miniatura de mí misma corre de un lado para otro, y así, infinitas miniaturas propias acumuladas conquistan nuevos reinos”.



Julio Balcázar

3º Premio

La gira del Sheriff

Seudónimo: Ned Ludd

Julio Balcázar (Cali, Colombia - 1984) Profesional en Filosofía y Letras. Ha publicado dos libros de poemas, y obtenido varios premios y reconocimientos, nacionales e internacionales por su labor como escritor. Ha sido invitado a participar en distintas antologías, tanto en poesía como en narrativa. Desde el 2011 reside en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, en donde se desempeña como docente.

“Las pestañas son la última resistencia antes de saber lo que piensa cada uno”.

“Qué mierda, no hay más que una pila de coincidencias. Me gusta esa palabra, me suena a que alguien se está divirtiendo”.

“Nietzsche lanzaba un escupitajo al piso, desplomándose en su silla. Ya sabes lo que dicen. ¿Para qué diablos se vive, si no es para soñar lo inalcanzable y quedar como unos perfectos imbéciles? Lo miraba sin decir ni una palabra, pero era una mirada que telegrafiaba: no tienes nada de qué preocuparte, nunca vas a obtener el título; pero nadie está llevando la cuenta. Todos terminamos igual. Lo curioso es que esta mirada-telégrafo parecía por momentos estar dirigida a sí mismo. Entonces crecía en él algo similar a la empatía, un simulacro de compasión, al pensar en el buque alemán perdido en algún lugar del mar, y recordar sin querer los tipos con los que lo cruzaba el malnacido de Gahan –promotor, marica no declarado y entusiasta “del sálvese quien pueda”, siempre que la situación lo amerite. Todo era una broma. Mejor brindar por la buena salud de la raza humana. Gahan, aun siendo su enemigo, no podría hacerlo mejor.

Esto es una muestra de lo que hace Gahan, además de patrocinar contusiones cerebrales:

Entonces, lo que dices es que al viejo se lo tragó una ballena. Bien. Dime, muchacho con el corte de pelo más horrible del mundo; porque pareces uno de esos vagabundos que duermen tirados en el piso, o los baños, de la estación de trenes; dime, porque seguro te has instruido en el tema, eso ni dudararlo; existen cuatro categorías distintas de ballenas identificadas por los científicos; aunque hay muchas especies, se distinguen cuatro categorías; tenemos: barbadas, dentadas, extintas, y sin confirmar. ¿Muy bien? Perfecto. ¿Cuál de todas estas se tragó al viejo? ¿No lo sabes? Pudo ser la que se engulló a Jonás, ¿no?; bien que pudo ser esa, ahora, ¿sabes de cuál hablamos?, ¿no?, ¿cachalote, ballena azul, ballena jorobada, ballena franca, ballena piloto? Bueno, bueno, para la búsqueda es algo que debería importarte, o preocuparte al menos, ¿no crees?”.



CATEGORÍA POESÍA

JURADOS

Juan Fernando García editó los libros de poesía *La arenita* (2000), *Todo* (2004), *Ramos generales* (2006), *Morón* (2014) y *Sobre el Carapachay* (2017). Desde 1995 coordina talleres de lectura y escritura creativa. Colabora habitualmente en medios nacionales, escribiendo notas y reseñas literarias. JTP del Taller de Poesía I - Cátedra Genovese de la Lic. en Artes de la Escritura - Universidad Nacional de las Artes. Coordinador de la Secretaría de Cultura de la Universidad Nacional del Noroeste de la Pcia. de Buenos Aires.

Andi Nachón es Profesora de Letras, poeta y guionista. Publicó: *Siam* (1990), *Warszawa* (1996 y 2017), *Taiga* (2000, 2016 Madrid), *Goa* (2003), *Plaza Real* (2004), *36 movimientos hasta* (2005), *Volumen I* (2010), *La III Guerra Mundial* (2013) y *Viernes de chicas* (2016). Recibió diversas distinciones: Pedroni, Octubre, Fondo Nacional de las Artes, Beca I Foro Joven (1993, España), Beca Nacional a la Excelencia en Letras (Cultura de la Nación, 1999), *Voces Femeninas* (Río de Janeiro 2001), *Banff Centre for the Arts*, Canadá y Fund. Antorchas (2001), Beca Rojas-Kuitca 2003-2005, Centre D'Art Marnay (Francia, 2006) y *Transpoesía* (México, 2014). Es profesora adjunta del Taller de Poesía I en la Licenciatura en Artes de la Escritura de la Universidad Nacional de Artes. Guionó las ficciones *Esteros* (Premio Raymundo Gleyzer y Premio del Público del Festival de Gramado, Brasil) y *Leoncinho*.

María Negroni es poeta, ensayista, novelista y traductora. Publicó, entre otros libros, *Exilium*, *El arte del error*, *Elegía Joseph Cornell*, *Pequeño Mundo Ilustrado* y *Cartas extraordinarias*. Tradujo, entre otros, a Louise Labé, Georges Bataille, Valentine Penrose, Charles Simic y Emily Dickinson. Obtuvo las becas: Guggenheim, Rockefeller, Octavio Paz, New York Foundation for the Arts y Civitella Ranieri. Actualmente dirige la Maestría en Escritura Creativa de la Universidad Nacional Tres de Febrero en Buenos Aires.



Franco Rivero

1º Premio

Disminuya velocidad

Seudónimo: Jakare

Franco Rivero (Ituzaingó, Corrientes - 1981). Profesor y Licenciado en Letras, UNNE (Universidad Nacional del Nordeste) y Doctorando en Semiótica, por el CEA (Centro de Estudios Avanzados) de la UNC (Universidad Nacional de Córdoba). Ejerce la docencia en el Nivel Superior en Ituzaingó, Corrientes, donde vive actualmente. En poesía publicó: *Situación desbridamiento* (Edición Ananga Ranga, Corrientes, 2010), *vos ahora voz* (Editorial Deacá, San Luis, 2014), la plaqueta *nudo de agua en el viento* (Madre Agua Ediciones, Resistencia, 2016) y *ud no viaja asegurado* (2º Premio en el género Poesía del Concurso Régimen de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industria Editorial 2014 de Fondo Nacional de las Artes) editado por Editorial Deacá, 2016.

petÿ

a mí el campo me entró con el tabaco
por la nariz
después por las manos
la vista

hojas con venas
nunca había visto
las tocaba
como quien no ve
o no cree
en lo que ve

es *tabaco*
me dijo mamá
era la primera vez
que recuerdo llegar
a casa de la abuela
cuando la vi
ella tenía un cigarro
en la boca
y ese olor
fue como saludar a una planta
como si una planta
me saludara

años después
aún niño
toqué hojas de tabacos secas

el color era oscuro
las venas
estaban intactas
cuando fuimos a vivir
a casa de la abuela
ella me enseñó
a armar cigarros

lashedoja más chica
son para hacer chripa
me decía

las colocábamos después
en una hoja más grande
tené que enliarle parejo
me repetía a cada rato
después me mostraba
cómo se pegaba con engrudo
el borde de la hoja
para que el cigarro
no se desarme

también me enseñó a fumar

me gustaba recorrer el campo
a pie
vicheando
buscando nidos
y una vez
encontré un murciélago
en el tronco de un árbol
había un hueco
y él estaba ahí
como escondido
metí la mano
lo toqué
lo alcé
acaricié sus alas
fue como acariciar tabaco
alas como hojas con venas
hojas que son casi tela
hasta en el color
se parecían
me enamoré del murciélago
lo visitaba a diario

y a veces se lo llevaba a la abuela
para mostrarle sus alas
el parecido que había

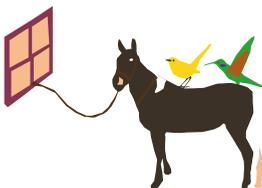
qué cosa no
decía
no se animaba a tocarlo

anoche en caa catí
alguien sacó unos cigarros
como los de la abuela
después de cenar
el olor el color las venas
volvían a mí
la laguna era como un espíritu
de fondo

hubo guitarra
acordeón
y cajón peruano
para variar
mi chamigo fabián fumaba
con nosotros
lo miraba y pensaba
*no le falta nada para ser
de acá*

allá volví a ver
manos morochas que
se parecen a esas hojas
de tela casi
con venas como caminos

me enamoro
de esas manos
el día que ame
él las tendrá así



Miguel Federik

2º Premio

Geografía de la fábula

Seudónimo: Lázaro sur

Miguel Angel Federik (Villaguay, Entre Ríos- 1951). Ha editado *La Estatura de la Sed*; *Los Sepulcros Vencidos*, *Fuegos de Bien Amar*, *Una Liturgia Para Némesis* (Premio "Fray Mocho"-1992, Edit de E. Ríos, 1994), *De Cuerpo Impar*, *Imaginario de Santa Ana*, *Niña del Desierto* y otros poemas. Es autor del ensayo *Sobre un Hermoso Animal Despierto* (Análisis del poema "Luz de Provincia" integrante de las *Obras Completas de Carlos Mastronardi*, UNL, 2011), de la introducción, notas y cronología para la *Obra Poética de Daniel Elías* (EDUNER, 2012); del liminar *Juan José Manuta-Poesía Completa* (EDUNER, 2015), y de la presentación *El ruiseñor y la alondra cantan en horas distintas*, de Alfonso Sola González (EDUNER, 2017).

ELEGÍA CON CABALLOS

1

Había olor a tigre negro en la resolana
y el ojo de los caballos erizaba la crin de la siesta,
mientras una música atávica atravesada de lenguas
aparecía en la quijada de esos mozos,
bajo la sonrisa del alcohol y aquel resuello
turbio de los acordeones somnolientos.

Estribaciones de los hombres de Velázquez,
bisnietos de los cimarrones del Payticú
o de los salvados de *Salsipuedes*,
con las penúltimas negras y las primeras criollas de la tierra,
sin otra memoria que el arroyo de sus *rincones*:
Goyo Luna: natural del *Rincón del Tigrecito*,
Pancho Avendaño: del arisco *Rincón del Mojones*,
Servando Céspedes: domador de melena ensortijada
más larga que la cola del Halley en 1910.
Desertores, *capincheros*, prófugos, troperos trashumantes
de un país interior no-país,
sangre de gaucho que se derramó por mi oído
hasta las tripas de la lengua, y que de cuando en cuando,
brota como un lujo imborrable e irredimible,
para hacerme real, la ultra realidad ya pasada.

2

Eran años de persecuciones y mi padre era el perseguido.
Años de una delicada violencia civil que me entregó
de repente a mis amigos: los caballos;
y a los primeros terrores del conocimiento.

Los palmerales bajos de Montiel abanicaban
las ánimas de los muertos en otras contiendas civiles
pero aún vivientes en las oraciones de sus deudos
o en aquellas trompeterías lejanas, sólo audibles
bajo las sordinas de los primeros hervores del alba.
Y *Doña Goya Quintana*, se dejaba peinar bajo la enramada
su cabellera de bruja o de hada y a la vez criollísima
o sideral de cenicienta, por esas brujas o esas hadas
aprendices de sus sortilegios entre dientes.
-*¿ Hay víboras en el maizal...?*- decía
y la *yarará* venía al encantamiento de las chacras,

mazorcas rojas, niños verdes, chalas altas.
La palabra cruzaba la realidad hasta hacerla cierta
y deambularíamos con varas punta de horqueta
entre muchachas fragantes al borde del precipicio
y pómulos brillantes al rocío del deseo desconocido,
que estaba siendo la pura conmoción,
la ex-comunión, antes de ser todos de este mundo.

3

Eran años de persecución y los otros ensoñoreaban
sus boinas blancas entre chañarales florecidos
y la palabra *libertadora* escoraba en los bañados
y en los anegadizos del eterno y andante pobrerio,
bajo el aspa y las mitras de los odios políticos.

Sólo en el coraje del alcohol alguno gritaba *¡Viva Perón!*
y un silencio agudísimo, casi sagrado, soliviaba al cuarterón
y estallaba en la otra punta del lazo al refucilo de la hocicada,
que también fue nuestra.

Hablo por mi padre que ya no puede hablar
y que va delante de mi frente a la muerte.
Hablo frente a la muerte de un pasado muerto,
hablo entre el perfume de unos patios grandes
como golpeando en la tabla del pescuezo de mi caballo,
mientras mi padre mantiene la pared
y camina sin sacarse el sombrero oscuro,
por la vereda triste de un pueblo triste,
que me tatuó los ojos con sus sombras
pero que nunca pudo arrancármelos del todo,
porque en el pánico desenfrenado de los galopes,
mis ojos aprendieron a confiar en los ojos del caballo.

4

Niño de cinco años, *tutano* de *guri* casi salvaje,
miraba desde la altura de mi montura el campo
y bajé a una patria de ajuares campesinos
a robarle a las vacas la agonía de su mirada
y el marfil naciente del cogollo de las palmas.
Llevo entre los dientes el filamento oral suyo,
el misterio de la savia que aceleró mis linajes
y que sube a mi voz por los hilos de la *yatay*,

abierta y alta, hacia todas las lluvias del lenguaje
mientras escucho en donación aquella música atávica
a través del azul-mundo del ojo de mis caballos.

5

Eran años de una esmerada violencia civil
y cantábamos para no dormir
porque el miedo crecía si soñábamos,
y en el sueño venían a llevarse, de la casa a mi padre.
Años de una delicada insolencia política,
contigua ahora a estos espasmos diarios,
de los cuales salgo a horcajadas del vino espeso
que tengo por caballo para irme a la tierra,
para irme despacio, como desvenenándome,
mientras mis hijos crecen bajo estos cielos del sur,
no ausentes al terror de un país no-país
y cuyas hambres más hermosas ya descarrilaron
en la noche hereditaria del '79 en que soñaron,
que vendrían a llevarse, de su casa a su padre.

6

No era aún todo de este mundo
y bajé a una patria de riachos y palmerales,
flotantes entre los cielos y la ex *mar paranaensis*,
pero nunca me *apié* del todo de mis caballos anfibios
-hijastros del trueno y de las caballadas del *Calá*-
para no ser jamás, entera criatura del exilio.
Y los *ojos del Jaguar* me vieron en los veranos
juntar los nácares del río: mis primeros libros,
el espejo y los signos de la orilla iluminada.

7

Mujeres casi belgas, casi italianas o judías ya criollas,
iban de labores entre paraisales suburbanos,
y en la hondura del monte el mestizaje bárbaro,
visible en las cejas de los hombres
y en el pelaje de sus caballos.
Cada una tenía dos lenguas para explicarse a sí mismas
las bodas o los enterramientos en estos atardeceres de extramundo.

Ahora, sólo tengo un caballo atado a mi ventana
que pasta en una amanecida república de extraños,

pero su galope sigue siendo pulso de universo,
casco campana que me aguarda para devolverme
a la ultra realidad de aquel *gurí* que temía soñar,
cuando soñar era irse en alma de la tierra.

Tengo un caballo atado a mi ventana,
y él, que ya resucitó, me mira.

8

Sonábamos antes de dormir,
mientras la criolla de turbia cabellera amarilla,
convocaba a los ahorcados del *jordanismo*
o a las ánimas dueñas de los arroyos *asombrados*
cuyas brumas corporecían en el perfume imborrable
de los fuegos de un brasero de tres patas.

No había más cine que el cielo en *Centauro*
y aquellas imágenes manoteándonos el alma,
hasta que una luz felina se trepaba,
súbita y alegre, hasta los primeros barandales del alba.

Sonábamos antes de dormir,
para que la noche no nos quitara los sueños de la cara.

9

Crines grises de barro, chapaleaba de ojos vendados
la yegua de la noria de los adobes
y alzaba las orejas hasta que el silbo del monte

se derramaba en sus costillas, como un aria de sol
perdida en la miel de las frutitas del tala.
Se repetía circular sobre el lendel de sus vasos
mientras la escarcha se deshela en los chilcales,
y todas las hadas del monte se peinaban.

Había miedo hasta en el sueño,
y mirar el sol sobre los campos vírgenes,
se llamaba sábado y hacía frío.

Y la *lunanca* caminaba hacia atrás hasta sentarse en sí misma,
y desaparecerse de su propia condición de caballo.

10

Eran años de una esmerada violencia civil,
coincidentes con mis años del *lapislázuli*.

Las radios ardían con la *jeringoza* heterodina
de todas las interferencias del aire:
El tiempo pasado y el tiempo futuro y el tiempo presente.

Bastó mirar su vendaje de arpillera en la frente
para entenderme gurí verde en caballo moro,
tras avestruces de niebla que aparecían
o desaparecían, en cortejos de la grupa vacía
de un tordillo blanco que tardaría en llegar,
pero que al fin monté un mediodía,
ahijado por las músicas del monte,
libre ya de mis edades, ante el *ábrete Sésamo*
de la pupila ardiente de una palmera dorada.

11

Aquel tordillo entre las neblinas del aura,
trotaba en una república de pájaros
y te arrojaba de repente de su grupa
hacia las puntas de una carandaí florecida,
y de su grupa caías a un reino de chuzas y de fragancias.
De cuerpo sangrado comprendías tu borrachera de pisingallos,
sin más consuelo que ese viernes, por el viaje inaugurado.



3º Premio
Claudia Beatriz Masin
Lo intacto
Seudónimo: A. Keining

Claudia Masin (Resistencia, Chaco - 1972). Coordina talleres de escritura y es docente de Artes de la Escritura en la UNA. Publicó: Bizarria, Geología, La vista, Abrigo, La plenitud, El verano, La cura, La siesta, El secreto y La materia sensible. Su Obra Reunida, La desobediencia, se editará en 2018. Su libro La vista ha obtenido el Premio Casa de América de España en 2002. Su libro Abrigo ha obtenido una mención del Fondo Nacional de las Artes en 2004. Vive en Buenos Aires desde 1990.

La venganza

Hay quienes se dedican a romper y hay quienes reparan, me decías. A veces las cosas son así de simples. En el medio, todos los matices, e incluso la rarísima, desconcertante verdad de que hasta quien sólo conoce el daño, alguna vez, aunque sea por error, repara. Y viceversa. Pero cuando hemos lastimado, sin voluntad de hacerlo ¿causamos menos dolor que si lo hubiéramos deseado? No lo creo. ¿La única diferencia, entonces, es lo que hacemos con la herida que hemos provocado? ¿Si nos detenemos a intentar curarla, si seguimos de largo? Me hablabas de un médico, en un lugar remoto del África, al que llaman el arregla-mujeres: su tarea es reparar a las mujeres violadas. Reconstruye los tejidos, une, cose, con una extraña y femenina paciencia, los cuerpos destruidos. Como si la violencia alguna vez pudiera volver al punto de partida. Como si pudiera suturarse el desgarró una vez producido. Yo pensé, mientras me contabas, que sí, que hay maneras de hacer lo que se cree imposible. La mayoría de las mujeres es llevada a él más de una vez, algunas la siguiente vez llevan a sus hijas. Son un trofeo de guerra y mutilarlas es parte del privilegio del guerrero, la demostración de fuerza del vencedor hacia el vencido. ¿Cómo detener la rueda que lleva del dolor hacia el dolor, la misma que conocemos desde que sentimos la primera punzada de injusticia, la que nos hace desear la mutilación y la muerte de quien mata y mutila? ¿Cómo se hace para ser quien cura lo que la propia peste y la ajena contaminan? ¿Cómo esquivar el ramalazo del odio que, como un viento que se levanta de repente y sin aviso, nos convierte en lo mismo que combatimos? Yo no sé la respuesta y hay preguntas que producen en el pecho un estallido: dejan un cráter,

un extenso territorio vacío donde puede crecer
un tallo pequeñísimo después de muchos días
o puede no crecer nada, nunca, más que el brote
de una violencia infinita, que no va a detenerse
en su objeto, que va a irradiar hasta que lastime
incluso a quien ya ha sido víctima
de una violencia parecida. Habría que empezar de nuevo,
aprender a tocar las cosas, las personas
como aprendimos de niños. Pero en lugar del gesto
de apropiación, de la creciente codicia,
¿podría haber un modo, un modo que no existe todavía,
de tocarnos sin provocar una herida que va a llevar mucho tiempo
sanar, la vida entera, sin garantías de que esa restitución
sea posible? Que sea posible sin embargo, pido,
apenas eso: no causar más dolor que el que ya existe,
ante todo no dañar, como decían
los primeros médicos de la tribu.

Magnolia

Amo las flores desquiciadas del verano, esas
que no terminamos de decidir
si son increíblemente hermosas o simplemente raras. Demasiado
excéntricas, demasiado llamativas, un estallido, una mancha
que se abre, blanco o rojo sobre verde, el monótono verde
que de repente arde. Ay, si fuéramos así, no las personas
tímidas y temerosas que se expanden sobre su propio miedo
como si el miedo fuera la savia, la sangre, el alimento,
la raíz que nos agarra con firmeza a la tierra
y a la vez que nos mantiene vivos, nos mata lentamente,
porque la muerte por miedo nunca es rápida,
es sucesiva, años y años desgajándonos
hasta que no queda más que el tallo desnudo,
desamparado. Si fuéramos así, te dije, el día

en que nos hicimos daño sería un día más,
no el único que va a quedar, el originario, la fuente
de todo lo que vendrá después, el hecho
sagrado y necesario sobre el que montaremos
una casa que sirva, por sobre todas las cosas,
para encerrarnos, para tratar de estar cercados y evitar
una vez más ser dañados. Si fuéramos así, un día
extraordinario sería, en cambio, nuestra casa. El día
en que pasó algo que desafió las leyes de la lógica,
eso que no tendría que haber pasado, lo que no puede
pasar, lo que sólo en las películas
y en los sueños pasa. Yo ansío
la violencia de lo que llega sin aviso, la piedra que rompe
el espejo de agua, las ventanas, el rayo que, entre todas las cosas
del mundo, elige tu cabeza para descargarse. Ansío
ese encuentro que causa un dolor nuevo, insoportable, y nos desprende
del dolor viejo como de una vieja crisálida, una gasa
que ha dejado de servir de protección a la herida y es arrancada
de un tirón. Ansío que me perdonen y ser
perdonada por todo lo que no sabemos, por todo
lo que no podemos darnos, y que después sea posible
que nos curemos al sol como los caballos lastimados
por años de espuelas rozándoles el vientre, como las flores
pisoteadas, sin esperar nada más que el calor sobre los pétalos
marchitos, sobre el lomo cuarteado. Que el día por llegar
no sea hermoso, ni siquiera feliz, que sea
extraordinario. Que nos levante de las miserias
y el tedio como una mano que se tiende y nos ayuda
a incorporarnos, a ponernos de pie, no ya asustados
sino temerarios, dispuestos a vivir
y a morir entre los otros aunque sea
peligroso, aunque el amor que vayan
a provocarnos sea incontrolable, inesperado el dolor,
porque el aguijón sólo busca clavarse
en quien respira, en quien aún es capaz de alimentar a los demás
con su sangre.

Primer Concurso de Proyectos Editoriales 2017

A/E

Ediciones DocumentA/Escénicas

Ediciones DocumentA/Escénicas (Córdoba, Córdoba)

Editorial de ensayos ligados al teatro que apuesta a la creación de una nueva colección: "Escribir". Esta colección aspira a convertirse en lugar de reunión y construcción de una zona reflexiva con obras que permitan cruzar experiencias en torno a la escritura, ya sea por el origen de los autores, su lugar en la escena o su "llegada" al campo literario desde otras artes o disciplinas.

Propuesta para el concurso:

- *Cómo me hice Viernes*, de Juan Forn.
- *La partida fantasma. Apuntes sobre la vocación literaria*, del poeta y narrador chileno Leonardo Sanhueza.
- *El viaje inútil*, de la actriz, dramaturga y escritora cordobesa Camila Sosa Villada.



Editorial Maravilla (Villa Ventana, Buenos Aires)

Publicación de material inédito de poetas e ilustradores en formato libro objeto en ediciones limitadas y accesibles. Edición de la obra de autores publicados y tal vez reconocidos pero que han pasado de algún modo desapercibidos (como en el caso de Herminia Brumana), o que por una sobre exposición (María Hortensia Lacau) esa desvalorización funciona con la misma fuerza invisibilizadora. Se prevé la creación de una alianza con la marca de cuadernos Rivadavia.

Propuesta para el concurso:

- *Tizas de Colores*, de Herminia Brumana: primera obra del proyecto de reedición y publicación de las obras de la autora.
- *Conversación con el pez*, de Juan Carlos Moisés. Ilustraciones de Pablo Picyk.
- *Un invento para María Hortensia*, de María Hortensia Lacau.
- *Upé y Epú*, de Carolina Rack.
- *Un Sibilejo*, de Valeria Cerbero.
- *Astrocat*, de Diego Carballar.
- *Tengo una Hermana Trapecista*, de Natalia Fortuny. Edición artesanal en formato pop-up.
- Colección Cuadernillos de Poesía.

MANSALVA

Mansalva (Capital Federal, Buenos Aires)

Mansalva apuesta a los libros nacidos en la escena *underground* y los acerca a las librerías. El rol clave de Mansalva en el campo editorial se vio fortalecido a partir de la crisis del 2001, cuando en Argentina disminuyó notablemente la importación de libros extranjeros. El catálogo de Mansalva incluye la reedición de libros raros, clásicos del avant garde y ficciones de artistas visuales a los cuales descubren como escritores. Ya han publicado más de 150 títulos entre los cuales hay novelas, poesía, relatos y ensayos.

Propuesta para el concurso:

- *Caprichos de lectura*, de Jorge Di Paola: recopilación de todas las reseñas y críticas literarias hechas en los años setenta en la revista *Panorama*.
- *Una inmodesta desproporción*, de Luis Chitarroni: poemas inéditos -pero que son un secreto a voces- de este novelista, ensayista y editor.
- *Once Sur*, de Cecilia Pavón: diario de escritura y de persecución.



Hekht (Capital Federal, Buenos Aires)

Coedición de los primeros tres libros de la colección de ensayos “Pyra” donde se abordan, con una mirada de género, los saberes culturalmente ligados a lo femenino así como también los castigos asociados a esos saberes (brujas, curanderas, herejes).

Propuesta para el concurso:

- *La brujería capitalista*, de Isabelle Stengers y Philippe Pignard (derechos de traducción ya comprados, traducción finalizada): aborda las prácticas femeninas históricamente ligadas a la naturaleza (las brujas) y se las conecta con el capitalismo y las resistencias globales.
- *Curandería*, de Victoria La Rosa: articula con el psicoanálisis (que “cura de palabra” según Freud) y con las prácticas vernáculas de las curanderas, buscando sus conexiones y particularidades.
- *Mi sangre. Pequeña historia de las reglas, de aquellas que las tienen y de aquellos que las hacen*, de Elise Thiébaud (derechos de traducción ya comprados): piensa los mitos ligados al cuerpo de las mujeres, sus castigos y disciplinamientos mientras se propone una “revolución menstrual” sobre esos controles y discursos.

JURADOS

Daniel Guebel es escritor, periodista y editor. Publicó las novelas *Arnulfo o los infortunios de un príncipe*, *La perla del Emperador* (Premio Emecé 1991), *Los elementales*, *Matilde*, *Cuerpo Cristiano*, *Nina*, *El terrorista*, *El perseguido*, *La vida por Perón*, *Carrera y Fracassi*, *El caso Voynich*, *Ella*, *Derrumbe*, *Mis escritores muertos*, *Las mujeres que amé*, y *El absoluto* (elegida por el diario La Nación como la mejor obra de ficción de 2016 y Premio de la Academia Argentina de Letras a la mejor obra de ficción del trienio 2013-2016). También publicó libros de cuentos y de teatro.

Josefina Licitra es periodista, narradora y editora. Edita los contenidos de la revista de narrativa *Orsai* y publica en medios nacionales y extranjeros, entre ellos El País Semanal (España), El Mercurio (Chile), Internazionale (Italia) y Piauí (Brasil). Publicó los libros de no ficción *Los Imprudentes* (Tusquets), *Los Otros* (Debate) y *El Agua Mala* (Aguilar). En 2004 ganó el premio a mejor texto de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano.

Sebastián Scolnik. Sociólogo y editor. Ha participado de distintas experiencias ligadas a la investigación teórica y social, publicando artículos, compilaciones y libros colectivos. También forma parte y colabora con distintos emprendimientos ligados a la edición independiente. Desde hace 12 años se desempeña como responsable editorial de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno que ya cuenta con la producción de más de quinientos títulos, revistas y catálogos de exposiciones.

Gerencia de Servicios Culturales
Natalia Calcagno

Responsables del Concurso
Santiago Valentino y Norma Guerra

Gerencia de Comunicación y Relaciones Institucionales
Carina Onorato

Edición y Contenidos
Luciana Olmedo-Wehitt

Diseño
Guido Martín Della Bella
María Della Bella

Producción
Martín Ariza
Gerardo Borrello Lista

Fondo Nacional de las Artes
Alsina 673 - CP 1087 CABA
4343-1590
0800-333-4131

www.fnartes.gob.ar

